

MARTI FUE, DURANTE TODA SU VIDA, LIBREPENSADOR,
LAICO, ANTITEOCRATICO Y ANTICLERICAL.

Por Emilio Roig de Leuchsenring.

Despues de realizar detenido estudio a través de la obra hasta ahora publicada de Martí, asombra descubrir la riqueza, en cantidad y en calidad, de los pronunciamientos de nuestro Apóstol acerca de los problemas religiosos, de tal manera que no se requiere especular sobre su ideología religiosa, sino que basta dejar hablar al propio Martí para que él nos de a conocer cuáles son sus ideas religiosas, cuáles su pensamiento y enjuiciamiento sobre las religiones en general y la Iglesia Católica en particular.

En esa reiteración del tema religioso, en discursos, estudios políticos y artículos periodísticos se comprueba cuánto preocupa a Martí el problema, y la importancia extraordinaria que para él tiene.

Y se explica perfectamente, porque Martí, político y estadista genial de Cuba y del Continente, conocedor profundo de nuestros pueblos, tanto de los hispanoamericanos como del anglosajón, no podía echar de lado, ni dejar de tener en cuenta, en el desenvolvimiento de su labor revolucionaria y americanista, cuestión que, como la religiosa, de modo tan profundo afectaba a la vida de las nacionalidades americanas. El vió de cerca, y hasta sufrió las consecuencias de la lucha librada en varias de las repúblicas de la América nuestra y en los Estados Unidos por el reaccionarismo católico romano contra el liberalismo republicano americano, en el empeño, nunca abandonado, de aquél, por vencer y dominar a éste.

Puede afirmarse rotundamente que Martí es librepensador, laico, antiteocrático y anticlerical.

Martí rechaza todas las religiones positivas y sus dioses, acepta en los demás su profesión mientras no se oponga al libre ejercicio de la democracia, más para sí sólo admite el predominio de la razón.

No puede ser mas precisa, clara y contundente esta afirmación que hace en su crónica La excomuni6n del Padre Mc. Glynn: "Las religiones todas son iguales: puestas unas sobre otras, no se llevan ni un codo ni una punta: se necesita ser un ignorante cabal, como salen tantos de Universidades y Academias, para no reconocer la identidad del mundo".

Y agrega: "Las religiones todas han nacido de las mismas raices, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios".

La complicidad de sacerdotes y gobernantes en engañar a los pueblos para mejor sojuzgarlos y explotarlos, Martí la explica a los niños en el primer número de su revista La Edad de Oro: "Como los hombres son soberbios, y no quieren confesar que otro hombre sea más fuerte o más inteligente que ellos, cuando había un hombre fuerte o inteligente que se hacía rey por su poder, decían que era hijo de los dioses. Y los reyes se alegraban de que los pueblos creyesen eso; y los sacerdotes decían que era verdad, para que los reyes les estuvieran agradecidos y los ayudaran. Y así mandaban juntos los sacerdotes y los reyes.

Refiriéndose directamente al catolicismo, Martí lo rechaza y condena en múltiples pronunciamientos, a través de toda su vida.

En su crónica ya citada, La Excomuni6n del Padre Mc. Glynn,

encontramos esta sentencia condenatoria, inapelable y firme, contra la iglesia católica y el Papado: "Al fin se está librando la batalla. La libertad está frente a la iglesia. No combaten a la iglesia sus enemigos, sino sus mejores hijos. ¿Se puede ser hombre y católico, o para ser católico se ha de tener alma de lacayo? Si el sol no peca con lucir ¿cómo he de pecar yo con pensar? ¿Dónde tienes tú escrita, arzobispo: Papa, dónde tienes tú escrita, la credencial que te da derecho a un alma? Ya no vestimos sayo de cutí, ya leemos historia, ya tenemos curas buenos que nos expliquen la verdadera teología, ya sabemos que los obispos no vienen del cielo, ya sabemos por qué medios humanos, por qué conveniencias de mera administración, por qué ligas culpables con los príncipes, por qué contratos inmundos e indulgencias vergonzosas se ha ido levantando, todo de manos de hombres, todo como simple de gobierno, ese edificio impuro del Papado!".

Niega Martí toda representación e inspiración divinas al pontífice romano, y sólo reconoce, "la naturaleza meramente humana del Pontificado". Al referirse al sometimiento de los católicos a las disposiciones e imposiciones papales, dice: "No hay cuadro más mísero que el de esos ciegos que anda por el mundo de rodillas, cogidos de la fimbria de un asotana como los brahmanes que se basen, para morir en gracia, de la cola del buey sagrado".

En su folleto de 1878 sobre Guatemala hay la reflexión siguiente, en la que Martí se proclama fuera del catolicismo: "y como la virgen de la Piedad tiene el manto tan hermosos pliegues, ¿quién fue-
ra católico para en la hora de la tribulación, ampararse en ellos! Afortunadamente, hay vivas vírgenes"..

Ya hemos visto como Martí, por su heterodoxia y su anticlericalismo, se colocó, desde muy joven, franca y abiertamente fuera y

en contra de la iglesia católica, por su propia y libre determinación.

Martí, además, fué masón, y por serlo, se encontraba excomulgado, anatematizado por la Iglesia Católica y arrojado de ella. No cabe duda alguna que Martí militó en la masonería, iniciándose, durante su primer destierro en España (1871-74) en la logia Armonía, de la que fué Martí el orador. Presidía aquella logia el general Pierret o el músico Max Marchal. Y durante su estancia en Nueva York pronunció Martí dos discursos en el Masonic Temple, de aquella ciudad, en las conmemoraciones del inicio de la Guerra Grande, los años 1887 y 1888.

Respecto a la enseñanza, el laicismo de Martí es perfecto: resueltamente se opone a que se lleve a las escuelas la enseñanza religiosa sectaria. Así, en su artículo Guerra Literaria en Colombia manifiesta: "Ni religión católica hay derecho a enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica; o no es honor virtud que cuenta entre las religiosas, o la educación será bastante religiosa con que sea honrada, eso sí, implacablemente honrada".

Señala a los gobernantes de nuestros países democráticos y laicos el deber en que están de no demostrar oficialmente predilección por un culto determinado, pues, "como el Estado ha de ser indiferente".

En las magníficas páginas de su trabajo Hombre del Campo, incita a los padres para que no bauticen a sus hijos, y anatematiza a los curas por su mercantilismo seudoreligioso.